

Los bienes de la Irak Petroleum Company han sido nacionalizados el día 1 de junio por el Gobierno de Bagdad. El hecho es, en sí, poco relevante; pero sus implicaciones son profundas y significativas por hallarse en la línea histórica que va desde el colonialismo a la era de la libre cooperación en las relaciones internacionales.

INTERESES PERMANENTES

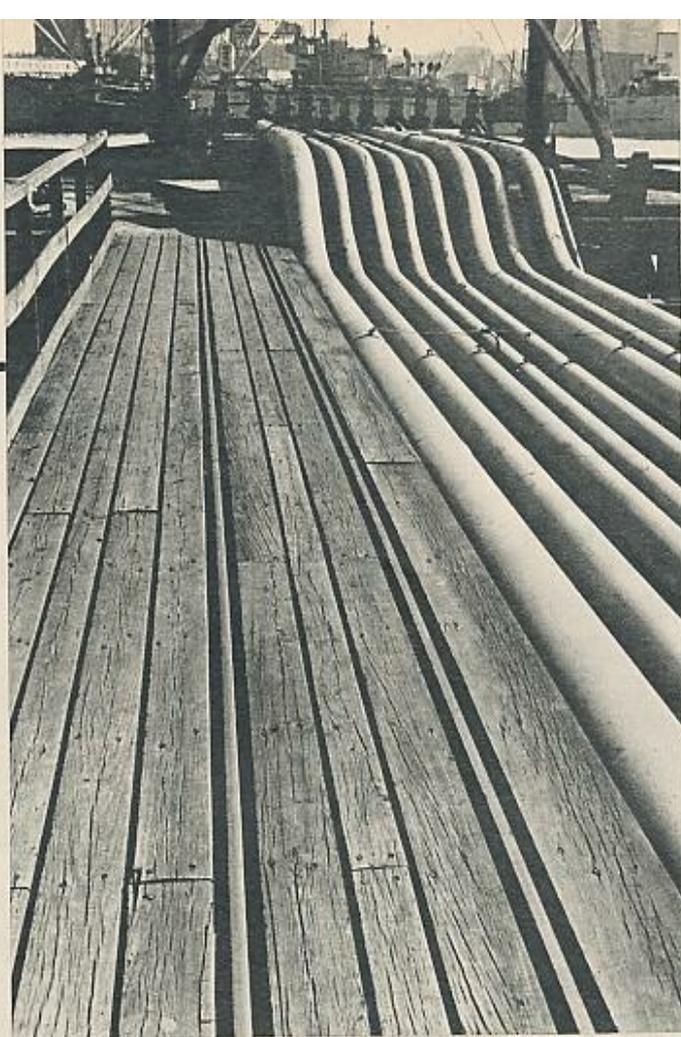
La medida de que acaba de ser objeto la IPC es una nueva derivación del conflicto permanente de intereses entre unos Estados productores —que reclaman para sí el ejercicio real del derecho de soberanía— y unas empresas multinacionales que trabajan por la obtención del máximo beneficio. Ambos objetivos son excluyentes dada la estructura del mercado.

En efecto, uno de los rasgos sobresalientes de éste es que, a escala mundial, sólo dos zonas altamente industrializadas —Norteamérica y la URSS— poseen importantes yacimientos de petróleo crudo. Otras dos —Europa Occidental y Japón— son ampliamente deficitarias en esta materia prima. El papel de las compañías, ya sean multinacionales o nacionales, privadas o públicas, ha sido y es descubrir, extraer y comercializar el crudo, sirviendo de intermediario entre productores y consumidores.

Hasta la década de los años sesenta, la todopoderosa influencia de las grandes compañías —especialmente las siete llamadas «majors»: Standard Oil of New Jersey (Esso), Royal Dutch Shell, Texaco, Mobil, Gulf, Standard Oil of California y British Petroleum— fue un hecho aceptado como inevitable por los Estados exportadores.

Estas compañías internacionales, que son gigantes corporaciones, se hallan ampliamente integradas, tanto en sentido vertical («desde el pozo hasta el surtidor») como horizontalmente (por conexiones entre sí y con otras).

Dirigidas y apoyadas desde los Estados más desarrollados, en los que tuvieron origen, su influencia en la vida y la política de los Estados huéspedes es tan decisiva —porque detentan el poder «real» que cualquier medida adoptada (en Nueva York, Londres, Pittsburg o San Francisco) por el Consejo de Administración de una de ellas —ejemplo, mayor o menor autofinanciación, diversificación de las áreas o fuentes de suministro, etcétera— es susceptible de dar al traste con los programas de desarrollo o las proyecciones económicas realizados por el Gobierno del Estado en cuestión. Disponiendo de una organización tremendamente fuerte,



LA POLITICA PETROLERA INTERNACIONAL

eran capaces de ejercer considerables presiones cuyo efecto se hacía sentir no sólo en las naciones exportadoras sino en los países importadores, dentro y fuera del mismo sector petrolífero.

Para corregir tal estado de cosas, los países exportadores iban a unirse en la OPEP y a impulsar la constitución y desarrollo de empresas nacionales. En cuanto a los Estados importadores, tras promover la creación de empresas nacionales, están actualmente considerando la posibilidad de crear lo que sería la Organización de Países Importadores de Petróleo (OPIP).

Junto a esto, la actividad de otras compañías privadas, europeas y americanas, llamadas «independientes», ha contribuido también a abrir brechas importantes en el cerrado mundo de los consorcios internacionales.

LA OPEP

La Organización de Países Exportadores de Petróleo fue constituida en Bagdad en septiembre de 1960. Actualmente tiene su sede en Viena y agrupa a once Estados (1) exportadores netos de crudo.

En una docena de años, la Organización ha conseguido realizar en alto grado los siguientes objetivos: unificar las políticas petrolíferas de sus Estados miembros, incrementar los ingresos de los Estados miembros por la explotación de sus recursos en petróleo (recordemos los acuerdos de Teherán y Trípoli, en 1971; y el de Ginebra, en 1972), servir, mediante la acción en común, de apoyo eficaz en las reivindicaciones frente a las compañías.

En el momento presente, y una vez que los tres objetivos citados han sido cubiertos, la acción de la

OPEP se orienta a dar un paso más en el proceso de la liberación económica, paso que alguien ha calificado de New Petroleum Deal: «control» de la producción y «participación» de los Estados en la explotación de su riqueza. El logro de tal aspiración va a trastocar radicalmente la estructura de la industria petrolífera mundial y supondrá una revisión drástica y definitiva de la «imagen» que las grandes compañías internacionales han reclamado siempre como algo exclusivo, como «su» misión. ¿Qué va a pasar? En Irak ya tenemos una respuesta. Habrá más.

Porque, realmente, la pretensión de participar en el capital de las compañías lleva en sí misma el germen del conflicto: los Estados, lógicamente, se refieren al valor neto de los activos; las compañías, también con lógica, reclaman que se valore y que les sean abonados los miles de toneladas de crudo que encierran los yacimientos que han logrado descubrir. Hay, además, otros aspectos del programa —porcentaje de la participación, valoración del crudo extraído, comercialización— que no pretendemos analizar, pero a los que aludimos para dar idea de la complejidad del mismo y del carácter conflictivo de los intereses en juego.

LOS PAISES IMPORTADORES

El petróleo cubre más del sesenta por ciento de las necesidades de energía en los países industrializados. De ahí también la preocupación constante de los países europeos y del Japón —que, ya hemos dicho, dependen casi totalmente de las importaciones— por garantizar la seguridad y la economía en el abastecimiento.

Esta preocupación se ha traducido en la creación de empresas (el ENI, en Italia; ERAP, en Francia; HISPANOIL, en España) en las que la participación estatal es mayoritaria, y en el apoyo o protección especial otorgado a otras empresas privadas de capital nacional (como es el caso del grupo DEMINEX, en Alemania Occidental). El fenómeno no se limita al ámbito de Europa Occidental, pues de él encontramos ejemplos en todas las latitudes; ejemplos que confirman el interés creciente de los Gobiernos en controlar un sector vital para el desarrollo y la seguridad nacionales.

EL EJEMPLO IRAKI

Con sus ochenta y tres millones de toneladas de crudo producidas en 1971, el Irak se sitúa en el cuarto lugar entre los productores de

El petróleo cubre más del 60 por 100 de las necesidades de energía en los países industrializados.

Oriente Medio. Pero la evolución de la producción durante la última década sólo ha experimentado un aumento del orden del 68 por 100, mientras que la producción mundial se duplicaba (más 120 por 100) y la del Oriente Medio se multiplicaba por tres (+ 210 por 100). He ahí unos datos básicos que constituyen la causa inmediata de las medidas adoptadas por Bagdad. La causa mediata es un desacuerdo general en las políticas respectivas: la del Estado y la de la IPC.

Según el Gobierno de Bagdad, la IPC es directamente responsable de que en Irak, desde 1961, el ritmo anual de incremento de la producción de crudo haya sido muy bajo. Como quiera que tal hecho se ha traducido en la reducción global de los haberes fiscales que la IPC está obligada a pagar al Estado —cuyo presupuesto se nutre en un 50 por 100 de las rentas del

Pero yendo más allá de los datos meramente informativos, casi diríamos accesorios, nos interesa centrar nuestra observación en cuál ha sido la actitud adoptada ante el acontecimiento por los elementos internacionales, compañías estatales de los países importadores, Estados importadores, OPEP. Dejemos bien claro, ya, que el ejemplo irakí —que sigue en el tiempo a los de Argelia y Libia— es considerado por todos como prueba del creciente poder moral que los países subdesarrollados están adquiriendo en una sociedad internacional en la que la opinión pública, con sus anhelos de paz y justicia social, condenaría cualquier tipo de presión tendiente a perpetuar situaciones injustas.

Es cierto que las compañías internacionales afectadas por la medida no pueden considerarla atentatoria a su existencia como tales: la

a indemnizar a la IPC por los bienes que ha expropiado.

Las compañías estatales de los Estados importadores, representadas en los ejemplos de ENI (Italia), ERAP (Francia) e HISPANOIL (España), han cumplido su papel de instrumento ejecutor de la política gubernamental. Tal política, que no es nueva, propugna una decidida colaboración con los Estados productores, quienes —dentro del contexto de las relaciones interestatales, incluidas las comerciales— son preferidos a las compañías internacionales como interlocutores. En el caso de Irak, tanto Francia como Italia y España han prometido incrementar las compras de crudo irakí y ayudar técnica y políticamente al Gobierno de Bagdad.

En cuanto a los miembros de la OPEP, su unanimidad en apoyar la acción irakí ha sido total. Otros Estados, y por motivos distintos,

fuentes primarias de energía. Paralelamente, la diversificación de las áreas de aprovisionamiento es un postulado que, ante la evolución de los acontecimientos, parece absolutamente necesario si se quiere mantener la indispensable seguridad en el abastecimiento. A tales fines, la intensificación de los trabajos de exploración en sus propios territorios, la colaboración mutua en el seno de las instituciones internacionales de cooperación (ONU, OCDE, CEE), y una mayor comprensión de las aspiraciones de los países exportadores —intensificando las relaciones de Estado a Estado— parecen ser las opciones que la nueva situación ofrece. En tal sentido, las crisis que ha sufrido el sector petrolífero pueden haber tenido un beneficioso efecto, al poner de manifiesto la necesidad de crear relaciones más eficaces de cooperación entre los pueblos.

Los Estados exportadores, que durante la pasada década han venido poniendo los ciemplos y, a veces provocando, lo que va a ser la situación del mañana, se han dotado de empresas nacionales (PERTAMINA, en Indonesia; SONATRACH, en Argelia; CVP, en Venezuela; INOC, en Irak; etcétera.) que ya comienzan a constituir un apoyo real en el que basar la política de revalorización de los recursos propios, en cuanto que técnicamente son capaces de asegurar el relevo de los consorcios internacionales. Este es, sin duda, el objetivo a largo plazo de la política de «participación».

Las compañías internacionales, cuyos márgenes de beneficios han seguido durante los últimos años una trayectoria descendente, y cuyo papel en el mundo del petróleo está siendo desmitificado, han comenzado a adaptarse a la nueva situación. Su actuación se orienta hacia la diversificación de sus zonas de aprovisionamiento en crudo, intensificando los trabajos de prospección en áreas (como Alaska, mar del Norte y otras) donde otro contexto político les augura, si no idénticos márgenes de rentabilidad, un porvenir menos incierto. Todas ellas se han lanzado con decisión a diversificar sus actividades y a reducir su dependencia del petróleo para aminsonar los riesgos. Tal diversificación se ha traducido en inversiones cuantiosas en los sectores del carbón, de la energía nuclear, de la hostelería y de otras actividades, tales como la investigación y el desarrollo de nuevos métodos y nuevos productos. Es justamente en la tecnología de vanguardia donde su contribución al desarrollo resulta más estimable y efectivamente insustituible. ■ JOSE SARDON.

PRINCIPALES INTERCONEXIONES ENTRE LOS SIETE GRANDES GRUPOS INTERNACIONALES EN EL ORIENTE MEDIO

